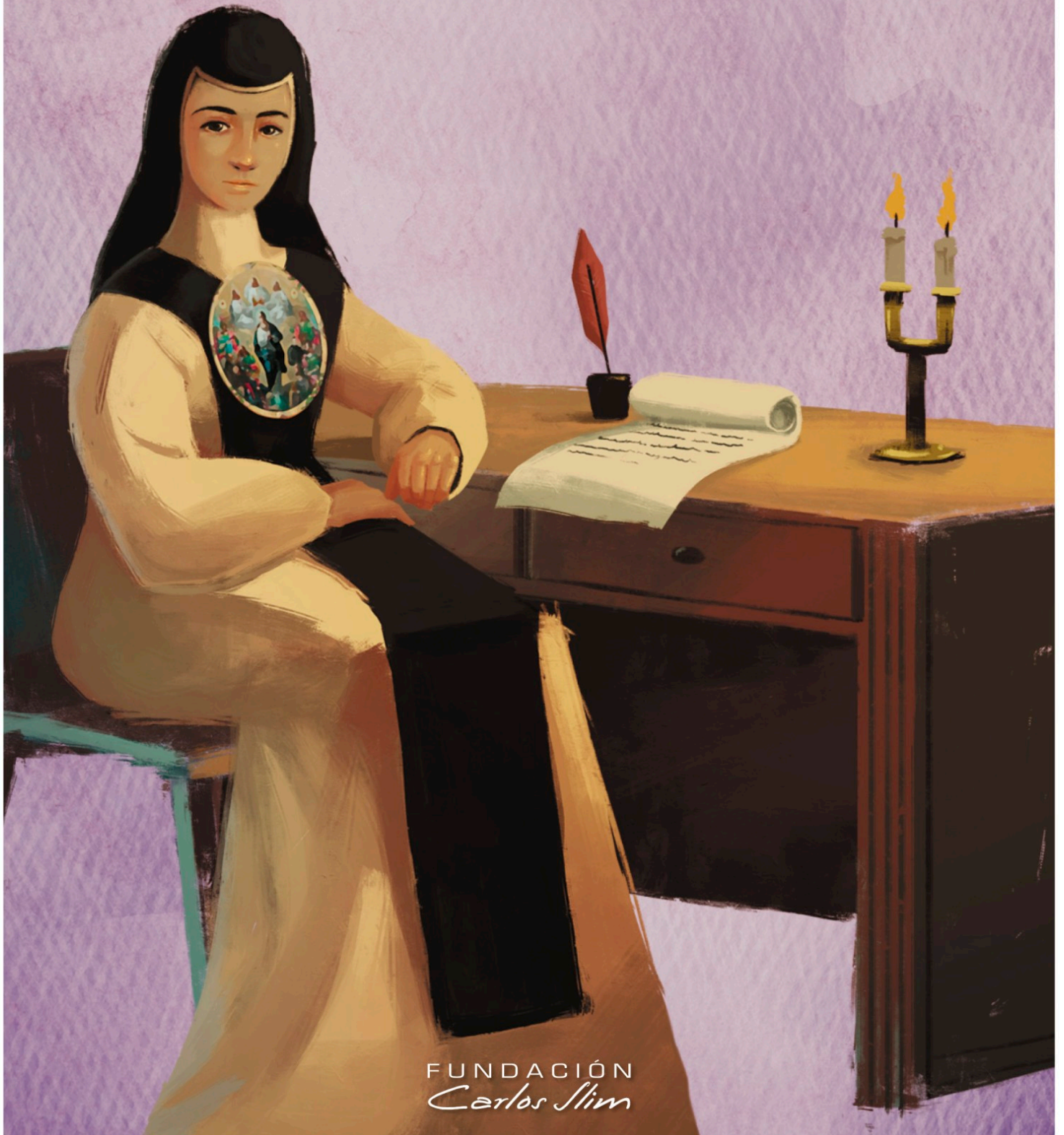


# Poesía

Sor Juana Inés de la Cruz



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## **Poesía**

Cruz, Sor Juana Inés de la  
Antología poética

Se reconocen los derechos morales de Cruz, Sor Juana Inés de la.  
Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## Amor inoportuno

Dos dudas en que escoger  
Tengo, y no se a cual prefiera,  
Pues vos sentís que no quiera  
Y yo sintiera querer.  
Letras para cantar

Con que si a cualquiera lado  
Quiero inclinarme, es forzoso  
Quedando el uno gustoso  
Que otro quede disgustado.

Si daros gusto me ordena  
La obligación, es injusto  
Que por daros a vos gusto  
Haya yo de tener pena.

Y no juzgo que habrá quien  
Apruebe sentencia tal,  
Como que me trate mal  
Por trataros a vos bien.

Mas por otra parte siento  
Que es también mucho rigor  
Que lo que os debo en amor  
Pague en aborrecimiento.

Y aun irracional parece  
Este rigor, pues se infiere,  
Si aborrezco a quien me quiere  
¿qué haré con quien aborrezco?

No se como despacharos,  
Pues hallo al determinarme  
Que amaros es disgustarme  
Y no amaros disgustaros;

Pero dar un medio justo  
En estas dudas pretendo,  
Pues no queriendo, os ofendo,  
Y queriéndooos me disgusto.

Y sea esta la sentencia,  
Porque no os podáis quejar,  
Que entre aborrecer y amar  
Se parta la diferencia,

De modo que entre el rigor  
Y el llegar a querer bien,  
Ni vos encontréis desdén  
Ni yo pueda encontrar amor.

Esto el discurso aconseja,  
Pues con esta conveniencia  
Ni yo quedo con violencia  
Ni vos os partís con queja.

Y que estaremos infiero  
Gustosos con lo que ofrezco;  
Vos de ver que no aborrezco,  
Yo de saber que no quiero.

Sólo este medio es bastante  
A ajustarnos, si os contenta,  
Que vos me logréis atenta  
Sin que yo pase a lo amante,

Y así quedo en mi entender  
Esta vez bien con los dos;  
Con agradecer, con vos;  
Conmigo, con no querer.

Que aunque a nadie llega a darse  
En este gusto cumplido,  
Ver que es igual el partido  
Servirá de resignarse.



## Ante la ausencia

Divino dueño mío,  
si al tiempo de partirme  
tiene mi amante pecho  
alientos de quejarse,  
oye mis penas, mira mis males.

Aliéntese el dolor,  
si puede lamentarse,  
y a la vista de perderte  
mi corazón exhale  
llanto a la tierra, quejas al aire.

Apenas tus favores  
quisieron coronarme,  
dichoso más que todos,  
felices como nadie,  
cuando los gustos fueron pesares.

Sin duda el ser dichoso  
es la culpa más grave,  
pues mi fortuna adversa  
dispone que la pague  
con que a mis ojos tus luces falten,

¡Ay, dura ley de ausencia!  
¿quién podrá derogarte,  
si a donde yo no quiero  
me llevas, sin llevarme,  
con alma muerta, vivo cadáver?

¿Será de tus favores  
sólo el corazón cárcel  
por ser aun el silencio  
si quiero que los guarde,  
custodio indigno, sigilo frágil?

Y puesto que me ausento,  
por el último vale  
te prometo rendido  
mi amor y fe constante,  
siempre quererte, nunca olvidarte

## Cogióme sin prevención

Cogióme sin prevención

Amor, astuto y tirano:  
con capa de cortesano  
se me entró en el corazón.

Descuidada la razón  
y sin armas los sentidos,  
dieron puerta inadvertidos;  
y él, por lograr sus enojos,  
mientras suspendió los ojos  
me salteó los oídos.

Disfrazado entró y mañoso;  
mas ya que dentro se vio  
del Paladión, salió  
de aquel disfraz engañoso;  
y, con ánimo furioso,  
tomando las armas luego,  
se descubrió astuto Griego  
que, iras brotando y furores,  
matando los defensores,  
puso a toda el Alma fuego.

Y buscando sus violencias  
en ella al príamo fuerte,  
dio al Entendimiento muerte,  
que era Rey de las potencias;  
y sin hacer diferencias  
de real o plebeya grey,  
haciendo general ley  
murieron a sus puñales  
los discursos racionales  
porque eran hijos del Rey.

A Casandra su fiereza  
buscó, y con modos tiranos,  
ató a la Razón las manos,

que era del Alma princesa.  
En prisiones su belleza  
de soldados atrevidos,  
lamenta los no creídos  
desastres que adivinó,  
pues por más voces que dio  
no la oyeron los sentidos.

Todo el palacio abrasado  
se ve, todo destruido;  
Deifobo allí mal herido,  
aquí Paris maltratado.  
Prende también su cuidado  
la modestia en Polixena;  
y en medio de tanta pena,  
tanta muerte y confusión,  
a la ilícita afición  
sólo reserva en Elena.

Ya la Ciudad, que vecina  
fue al Cielo, con tanto arder,  
sólo guarda de su ser  
vestigios, en su ruina.  
Todo el amor lo extermina;  
y con ardiente furor,  
sólo se oye, entre el rumor  
con que su crueldad apoya:  
"Aquí yace un Alma Troya  
¡Victoria por el Amor!"



## De amor y de discreción

En que satisface un recelo con la retórica del llanto.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,  
como en tu rostro y tus acciones vía  
que con palabras no te persuadía,  
que el corazón me vieses deseaba;  
y Amor, que mis intentos ayudaba,  
venció lo que imposible parecía:  
pues entre el llanto, que el dolor vertía,  
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste;  
no te atormenten más celos tiranos,  
ni el vil recelo tu quietud contraste  
con sombras necias, con indicios vanos,  
pues ya en líquido humor viste y tocaste  
mi corazón deshecho entre tus manos.

## Día de Comuni3n

Amante dulce del alma,  
bien soberano a que aspiro,  
tú que sabes las ofensas  
castigar a beneficios;  
divino imán en que adoro  
hoy que tan propicio os miro  
que me animás a la osadía  
de poder llamaros mío;  
hoy, que en unió3n amorosa,  
pareció a vuestro cariño,  
que si no estabais en mí  
era poco estar conmigo;  
hoy, que para examinar  
el afecto con que os sirvo,  
al corazón en persona  
habéis entrado vos mismo,  
pregunto ¿es amor o celos  
tan cuidadoso escrutinio?  
que quien lo registra todo  
da de sospechar indicios.  
Mas ¡ay, bárbara ignorante,  
y que de errores he dicho,  
como si el estorbo humano  
obstara al lince divino!  
Para ver los corazones  
no es menester asistirlos;  
que para vos son patentes  
las entrañas del abismo.  
Con una intuición presente  
tenéis en vuestro registro,  
el infinito pasado,  
hasta el presente finito;  
luego no necesitabais,  
para ver el pecho mío,  
si lo estáis mirando sabio,

entrar a mirarlo fino;  
luego es amor, no celos,  
lo que en vos miro.

## Dime vencedor rapaz

Dime vencedor Rapaz,  
vencido de mi constancia,  
¿Qué ha sacado tu arrogancia  
de alterar mi firme paz?  
Que aunque de vencer capaz  
es la punta de tu arpón  
el más duro corazón  
¿qué importa el tiro violento,  
si a pesar del vencimiento  
queda viva la razón?

Tienes grande señorío;  
pero tu jurisdicción  
domina la inclinación,  
mas no pasa el albedrío.  
Y así librarme confío  
de tu loco atrevimiento,  
pues aunque rendida siento  
y presa la libertad,  
se rinde la voluntad  
pero no el consentimiento.

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión:  
una, esclava a la pasión,  
y otra, a la razón medida.  
Guerra civil, encendida,  
aflige el pecho importuna:  
quiere vencer cada una,  
y entre fortunas tan varias,  
morirán ambas contrarias  
pero vencerá ninguna.

Cuando fuera, Amor, te vía,  
no merecí de ti palma;  
y hoy, que estás dentro del alma,

es resistir valentía.  
Córrase, pues, tu porfía,  
de los triunfos que te gano:  
pues cuando ocupas, tirano,  
el alma, sin resistillo,  
tienes vencido el Castillo  
e invencible el Castellano.

Invicta razón alienta  
armas contra tu vil saña,  
y el pecho es corta campaña  
a batalla tan sangrienta.  
Y así, Amor, en vano intenta  
tu esfuerzo loco ofenderme:  
pues podré decir, al verme  
expirar sin entregarme,  
que conseguiste matarme  
mas no pudiste vencerme.

## Envía una rosa a la virreina

Ésa, que alegre y ufana  
de carmín fragante esmero,  
del tiempo al ardor primero,  
se encendió llama de grama;  
preludio de la mañana  
del rosicler más ufano  
es primicia del verano,  
Lisi divina, que en fe  
de que la debió a tu pie  
la sacrifica tu mano.

## Este amoroso tormento

Este amoroso tormento  
que en mi corazón se ve,  
se que lo siento y no sé  
la causa porque lo siento

Siento una grave agonía  
por lograr un devaneo,  
que empieza como deseo  
y para en melancolía.

y cuando con mas terneza  
mi infeliz estado lloro  
sé que estoy triste e ignoro  
la causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano  
por la ocasión a que aspiro,  
y cuando cerca la miro  
yo misma aparto la mano.  
Porque si acaso se ofrece,  
después de tanto desvelo  
la desazona el recelo  
o el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto  
consigo tal posesión  
(cualquiera) leve ocasión  
me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien  
con receloso temor  
y me obliga el mismo amor  
tal vez a mostrar desdén.

## Estos versos, lector mío

Estos versos, lector mío,  
que a tu deleite consagro,  
y sólo tienen de buenos  
conocer yo que son malos,  
ni disputártelos quiero,  
ni quiero recomendarlos,  
porque eso fuera querer  
hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco:  
pues no debes, bien mirado,  
estimar lo que yo nunca  
juzgué que fuera a tus manos.  
En tu libertad te pongo,  
si quisieres censurarlos;  
pues de que, al cabo, te estás  
en ella, estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre que  
el entendimiento humano;  
pues lo que Dios no violenta,  
por qué yo he de violentarlo?

Di cuanto quisieres de ellos,  
que, cuanto más inhumano  
me los mordieres, entonces  
me quedas más obligado,  
pues le debes a mi musa  
el más sazonado plato  
(que es el murmurar), según  
un adagio cortesano.  
Y siempre te sirvo, pues,  
o te agrado, o no te agrado:  
si te agrado, te diviertes;  
murmuras, si no te cuadro.



Bien pudiera yo decirte  
por disculpa, que no ha dado  
lugar para corregirlos  
la priesa de los traslados;  
que van de diversas letras,  
y que algunos, de muchachos,  
matan de suerte el sentido  
que es cadáver el vocablo;  
y que, cuando los he hecho,  
ha sido en el corto espacio  
que ferian al ocio las  
precisiones de mi estado;  
que tengo poca salud  
y continuos embarazos,  
tales, que aun diciendo esto,  
llevo la pluma trotando.

Pero todo eso no sirve,  
pues pensarás que me jacto  
de que quizá fueran buenos  
a haberlos hecho despacio;  
y no quiero que tal creas,  
sino sólo que es el darlos  
a la luz, tan sólo por  
obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,  
que sobre eso no me mato,  
pues al cabo harás lo que  
se te pusiere en los cascós.  
Y adiós, que esto no es más de  
darte la muestra del paño:  
si no te agrada la pieza,  
no desenvuelvas el fardo.

## Excusándose

Excusándose de un silencio en ocasión de un precepto para que le rompa

Pedirte, señora, quiero  
De mi silencio perdón,  
Si lo que ha sido atención,  
Le hace parecer grosero.

Y no me podrás culpar  
Si hasta aquí mi proceder,  
Por ocuparse en querer  
Se ha olvidado de explicar.

Que en mi amorosa pasión  
No fue descuido ni mengua  
Quitar el uso a la lengua  
Por dárselo al corazón.

Ni de explicarme dejaba,  
Que como la pasión mía  
Acá en el alma te hablaba

Y en esta idea notable  
Dichosamente vivía;  
Porque en mi mano tenía  
El fingirte favorable.

Con traza tan peregrina  
Vivió mi esperanza vana  
Pues te puedo hacer humana  
Concibiéndote divina.

¡Oh, cuan loco llegué a verme  
en tus dichosos amores,  
que aun fingidos tus favores  
pudieron enloquecerme!

¡Oh, cuán loco llegué a verme  
en tus dichosos amores,  
que aun fingidos tus favores  
pudieron enloquecerme!

¡Oh, cómo en tu Sol hermoso  
mi ardiente afecto encendido,  
por cebarse en lo lúcido,  
olvidó lo peligroso!

Perdona, si atrevimiento  
Fue atreverme a tu ardor puro;  
Que no hay Sagrado seguro  
De culpas de pensamiento.

De esta manera engañaba  
La loca esperanza mía,  
Y dentro de mí tenía  
Todo el bien que deseaba.

Mas ya tu precepto grave  
Rompe mi silencio mudo;  
Que él solamente ser pudo  
De mi respeto la llave.

Y aunque el amar tu belleza  
Es delito sin disculpa,  
Castíguense la culpa  
Primero que la tibieza.

No quieras, pues, rigurosa,  
Que estando ya declarada,  
Sea de veras desdichada  
Quien fue de burlas dichosa.

Si culpas mi desacato,  
Culpa también tu licencia;  
Que si es mala mi obediencia,  
No fue justo tu mandato.

Y si es culpable mi intento,  
Será mi afecto preciso;  
Porque es amarte un delito  
De que nunca me arrepiento.

Esto en mis afectos halló,  
Y más, que explicar no sé;  
Mas tú, de lo que callé,  
Inferirás lo que callo.  
Expresa los efectos

## Expresa los efectos del amor divino

Traigo conmigo un cuidado  
y tan esquivo que creo  
que aunque se sentirlo tanto,  
aun yo misma no lo siento.

Es amor, pero es amor  
que faltándole lo ciego,  
los ojos que tiene son  
para darle más tormento.

El término no es a quo,  
que causa el pesar, que veo,  
que siendo el término el bien  
todo el dolor es el medio.

Si es lícito y aun debido  
este cariño que tengo  
¿por qué me han de dar castigo  
porque pago lo que debo?

¡Oh cuánta fineza, oh cuántos  
cariños he visto tiernos!  
que amor que se tiene en Dios  
es calidad sin opuestos.

De lo lícito no puede  
hacer contrarios conceptos  
con que es amor que al olvido  
no puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo ¡oh nunca fuera!  
que he querido en otro tiempo  
lo que pasó de locura  
y lo que excedió de extremo.

Más como era amor bastardo

y de contrarios compuesto,  
fue fácil desvanecerse  
de achaque de su ser mismo.

Mas ahora ¡ay de mi! está  
tan en su natural centro,  
que la virtud y razón  
son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere dirá  
que si es así ¿por qué peno?  
Más mi corazón ansioso  
dirá que por eso mismo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,  
adonde el más puro afecto  
aun no sabe desnudarse  
del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia  
que a ser amados tenemos,  
que aun sabiendo que no sirve  
nunca dejarla sabemos.

Que corresponda a mi amor  
nada añade, mas no puedo  
por más que lo solicito  
dejar yo de apetecerlo.

Si es delito, ya lo digo;  
si es culpa, ya lo confieso,  
mas no puedo arrepentirme  
por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto quien penetra  
lo interior de mis secretos  
que yo misma estoy formando  
los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma

verdugo de mis deseos,  
pues muertos entre mis ansias,  
tienen sepulcro en mi pecho.

Muero ¿quién lo creará? a manos  
de la cosa que más quiero,  
y el motivo de matarme  
es el amor que le tengo.

Así alimentando triste  
la vida con el veneno,  
la misma muerte que vivo,  
es la vida con que muero.

Pero, valor, corazón,  
porque en tan dulce tormento,  
en medio de cualquier suerte  
no dejar de amar protesto.

II

Mientras la gracia me excita  
por elevarse a la esfera,  
más me abate a lo profundo  
el peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre  
en el corazón pelean  
y el corazón agoniza  
en tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte,  
temo que tal vez la venzan.  
que es muy grande la costumbre  
y está la virtud muy tierna.

Obscurécense el discurso  
entre confusas tinieblas  
pues ¿quién podrá darme luz

si está la razón a ciegas?

De mí misma soy verdugo  
y soy cárcel de mí mesma.  
¿quién vio que pena y penante  
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo  
que más agradar quisiera;  
y del disgusto que doy,  
en mí resulta la pena.

Amo a Dios y siento en Dios,  
y hace mi voluntad mesma  
de lo que es alivio, cruz;  
del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda,  
mas de tal manera sea  
que si son penas las culpas,  
que no sean culpas las penas.



## Finjamos que soy feliz

Finjamos que soy feliz,  
triste pensamiento, un rato;  
quizá prodréis persuadirme,  
aunque yo sé lo contrario,

que pues sólo en la aprehensión  
dicen que estriban los daños,  
si os imagináis dichoso  
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento  
alguna vez de descanso,  
y no siempre esté el ingenio  
con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones  
de pareceres tan varios,  
que lo que el uno que es negro  
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo  
lo que otro concibe enfado;  
y lo que éste por alivio,  
aquél tiene por trabajo.

El que está triste, censura  
al alegre de liviano;  
y el que esta alegre se burla  
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos  
bien esta verdad probaron:  
pues lo que en el uno risa,  
causaba en el otro llanto.

Célebren su oposición

ha sido por siglos tantos,  
sin que cuál acertó, esté  
hasta agora averiguado.

Antes, en sus dos banderas  
el mundo todo alistado,  
conforme el humor le dicta,  
sigue cada cual el bando.

Uno dice que de risa  
sólo es digno el mundo vario;  
y otro, que sus infortunios  
son sólo para llorados.

Para todo se halla prueba  
y razón en qué fundarlo;  
y no hay razón para nada,  
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces;  
y siendo iguales y varios,  
no hay quien pueda decidir  
cuál es lo más acertado.

Pues, si no hay quien lo sentencie,  
¿por qué pensáis, vos, errado,  
que os cometió Dios a vos  
la decisión de los casos?

O ¿por qué, contra vos mismo,  
severamente inhumano,  
entre lo amargo y lo dulce,  
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento,  
¿por qué siempre he de encontrarlo  
tan torpe para el alivio,  
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero

que sirve para ambos cabos:  
de dar muerte, por la punta,  
por el pomo, de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro  
queréis por la punta usarlo,  
¿qué culpa tiene el acero  
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer  
discursos sutiles, vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas  
y examinar los presagios,  
sólo sirve de que el mal  
crezca con anticiparlo.

En los trabajos futuros,  
la atención, sutilizando,  
más formidable que el riesgo  
suele fingir el amago.

Qué feliz es la ignorancia  
del que, indoctamente sabio,  
halla de lo que padece,  
en lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros  
vuelos del ingenio osados,  
que buscan trono en el fuego  
y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber,  
que si no se va atajando,  
cuando menos se conoce  
es más nocivo el estrago;

y si el vuelo no le abaten,

en sutilezas cebado,  
por cuidar de lo curioso  
olvida lo necesario.

Si culta mano no impide  
crecer al árbol copado,  
quita la sustancia al fruto  
la locura de los ramos.

Si andar a nave ligera  
no estorba lastre pesado,  
sirve el vuelo de que sea  
el precipicio más alto.

En amenidad inútil,  
¿qué importa al florido campo,  
si no halla fruto el otoño,  
que ostente flores el mayo?

¿De qué sirve al ingenio  
el producir muchos partos,  
si a la multitud se sigue  
el malogro de abortarlos?

Y a esta desdicha por fuerza  
ha de seguirse el fracaso  
de quedar el que produce,  
si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,  
que, con la materia ingrato,  
tanto la consume más  
cuando él se ostenta más claro.

Es de su propio Señor  
tan rebelado vasallo,  
que convierte en sus ofensas  
las armas de su resguardo.

Este pésimo ejercicio,

este duro afán pesado,  
a los ojos de los hombres  
dio Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva  
de nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco,  
¿de qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber,  
hubiera algún seminario  
o escuela donde a ignorar  
se enseñaran los trabajos!

¡Qué felizmente viviera  
el que, flojamente cauto,  
burlara las amenazas  
del influjo de los astros!

Aprendamos a ignorar,  
pensamiento, pues hallamos  
que cuanto añadido al discurso,  
tanto le usurpo a los años.

## Letras para cantar

Hirió blandamente el aire  
Con su dulce voz Narcisa,  
Y él le repitió los ecos  
Por boca de las heridas.

De los celestiales Ejes  
El rápido curso fija,  
Y en los Elementos cesa  
la discordia nunca unida.

Al dulce imán de su voz  
Quisieran, por asistirla,  
Firmamento ser el Móvil,  
El Sol ser estrella fija.

Tan bella, sobre canora,  
Que el amor dudoso admira,  
Si se deben sus arpones  
A sus ecos, o a su vista.

Porque tan confusamente  
Hierde, que no se averigua,  
si está en la voz la hermosura,  
O en los ojos la armonía.

Homicidas sus facciones  
El mortal cambio ejercitan;  
Voces, que alteran los ojos  
Rayos que el labio fulmina.

Quién podrá vivir seguro,  
si su hermosura Divina  
Con los ojos y las voces  
Duplicadas armas vibra.

El Mar la admira Sirena,

Y con sus marinas Ninfas  
Le da en lenguas de las Aguas  
Alabanzas cristalinas:  
Pero Fabio que es el blanco  
Adonde las flecha tira,  
Así le dijo, culpando  
De superfluas sus heridas:  
No dupliques las armas,  
Bella homicida,  
que está ociosa la muerte  
Donde no hay vida.

## Nacimiento de Cristo

De la más fragante rosa  
Nació la abeja más bella,  
A quien el limpio rocío  
Dio purísima materia.

Nace, pues, y apenas nace,  
Cuando en la misma moneda,  
Lo que en perlas recibió  
Empieza a pagar en perlas.

Que llora el alba, no es mucho  
Que es costumbre en su belleza;  
Mas ¿quién hay que no se admire  
De que el sol lágrimas vierta?

Si es por secundar la rosa,  
Es ociosa diligencia,  
Pues no es menester rocío  
Después de nacer la abeja.

Y más cuando en la clausura  
De su virginal pureza  
Ni antecedente haber pudo,  
Ni puede haber quien suceda,

¿Pues a que fin es el llanto,  
que dulcemente riega?  
Quien no puede dar más fruto  
¿qué importa que estéril sea?

Mas ay, que la abeja tiene  
Tan íntima dependencia  
Siempre con la rosa, que  
Depende su vida de ella;

Pues dándole néctar puro,



Que sus fragancias engendran,  
No sólo antes le concibe  
Pero después le alimenta.

Hijo y madre, en tan divinas  
Peregrinas competencias,  
Ninguno queda deudor,  
Y ambos obligados quedan.

La abeja paga el rocío  
De que la rosa la engendra,  
Y ella vuelve a retornarle con  
Lo mismo que la engendra.

Ayudando el uno al otro  
Con mutua correspondencia,  
La abeja a la flor fecunda,  
Y ella a la abeja sustenta.

Pues si por eso es el llanto,  
Llore Jesús, norabuena,  
Que lo que expende en rocío  
Cobraré después en néctar.

## Oración traducida

Oración traducida del Latín

Ante tus ojos benditos  
Las culpas manifestamos,  
Y las heridas mostramos,  
Que hicieron nuestros delitos.

Si el mal, que hemos cometido,  
Viene a ser considerado,  
Menor es lo tolerado,  
Mayor es lo merecido.

La conciencia nos condena,  
No hallando en ella disculpa,  
Que respecto de la culpa,  
Es muy liviana la pena.

Del pecado el duro azar  
Sentimos, que padecemos  
Y nunca enmendar queremos  
La costumbre de pecar.

Cuando en tus azotes suda  
Sangre la naturaleza,  
Se rinde nuestra flaqueza,  
Y la maldad no se muda.

Cuando el pecado mancilla  
La mente con fiera herida,  
Padece el alma afligida,  
Y la cerviz no se humilla.

La vida suelta la rienda  
En su acostumbrado error,  
Suspira por el dolor,

Y en el obrar no se enmienda.

Puestos entre dos extremos,  
En cualquiera peligramos;  
Si esperas, no la enmendamos;  
Si te vengas, nos perdemos.

De la aflicción el quebranto  
Nos obliga a la contricción  
Y en pasando la aflicción,  
Se olvida también el llanto.

Cuando tu castigo empieza  
Promete el temor humano;  
Y en suspendiendo la mano,  
No se cumple la promesa.

Cuando nos hieres, clamamos  
Que el perdón nos des, que puedes,  
Y así que nos lo concedes.  
Otra vez te provocamos.

Tienes a la humana gente  
Convicta en su confesión,  
Que si no le das perdón,  
la acabarás justamente.

Concede al humilde ruego  
Sin mérito a quien criaste,  
Tú que de nada formas  
A quien te rogará luego.

## Primero Sueño

Piramidal, funesta, de la tierra  
nacida sombra, al Cielo encaminaba  
de vanos obeliscos punta altiva,  
escalar pretendiendo las Estrellas;  
si bien sus luces bellas  
—exentas siempre, siempre rutilantes—  
la tenebrosa guerra  
que con negros vapores le intimaba  
la pavorosa sombra fugitiva  
burlaban tan distantes,  
que su atezado ceño  
al superior convexo aun no llegaba  
del orbe de la Diosa  
que tres veces hermosa  
con tres hermosos rostros ser ostenta,  
quedando sólo o dueño  
del aire que empañaba  
con el aliento denso que exhalaba;  
y en la quietud contenta  
de imperio silencioso,  
sumisas sólo voces consentía  
de las nocturnas aves,  
tan oscuras, tan graves,  
que aun el silencio no se interrumpía.

Con tardo vuelo y canto, del oído  
mal, y aun peor del ánimo admitido,  
la avergonzada Nictimene acecha  
de las sagradas puertas los resquicios,  
o de las claraboyas eminentes  
los huecos más propicios  
que capaz a su intento le abren brecha,  
y sacrílega llega a los lucientes  
faroles sacros de perenne llama,  
que extingue, si no infama,

en licor claro la materia crasa  
consumiendo, que el árbol de Minerva  
de su fruto, de prensas agravado,  
congojoso sudó y rindió forzado.

Y aquellas que su casa  
campo vieron volver, sus telas hierba,  
a la deidad de Baco inobedientes,  
—ya no historias contando diferentes,  
en forma sí afrentosa transformadas—,  
segunda forman niebla,  
ser vistas aun temiendo en la tiniebla,  
aves sin pluma aladas:  
aquellas tres oficiosas, digo,  
atrevidas Hermanas,  
que el tremendo castigo  
de desnudas les dio pardas membranas  
alas tan mal dispuestas  
que escarnio son aun de las más funestas:  
éstas, con el parlero  
ministro de Plutón un tiempo, ahora  
supersticioso indicio al agorero,  
solos la no canora  
componían capilla pavorosa,  
máximas, negras, longas entonando,  
y pausas más que voces, esperando  
a la torpe mensura perezosa  
de mayor proporción tal vez, que el viento  
con flemático echaba movimiento,  
de tan tardo compás, tan detenido,  
que en medio se quedó tal vez dormido.

Éste, pues, triste son intercadente  
de la asombrada turba temerosa,  
menos a la atención solicitaba  
que al sueño persuadía;  
antes sí, lentamente,  
su obtusa consonancia espaciosa  
al sosiego inducía

y al reposo los miembros convidaba,  
—el silencio intimando a los vivientes,  
uno y otro sellando labio obscuro  
con indicante dedo,  
Harpócrates, la noche, silencioso;  
a cuyo, aunque no duro,  
si bien imperioso  
precepto, todos fueron obedientes—.

El viento sosegado, el can dormido,  
éste yace, aquél quedo  
los átomos no mueve,  
con el susurro hacer temiendo leve,  
aunque poco, sacrílego ruido,  
violador del silencio sosegado.  
El mar, no ya alterado,  
ni aun la instable mecía  
cerúlea cuna donde el Sol dormía;  
y los dormidos, siempre mudos, peces,  
en los lechos lamosos  
de sus oscuros senos cavernosos,  
mudos eran dos veces;  
y entre ellos, la engañosa encantadora  
Alcione, a los que antes  
en peces transformó, simples amantes,  
transformada también, vengaba ahora.

En los del monte senos escondidos,  
cóncavos de peñascos mal formados  
—de su aspereza menos defendidos  
que de su obscuridad asegurados—,  
cuya mansión sombría  
ser puede noche en la mitad del día,  
incógnita aun al cierto  
montaraz pie del cazador experto,  
—depuesta la fiereza  
de unos, y de otros el temor depuesto—  
yacía el vulgo bruto,  
a la Naturaleza

el de su potestad pagando impuesto,  
universal tributo;  
y el Rey, que vigilancias afectaba,  
aun con abiertos ojos no velaba.

El de sus mismos perros acosado,  
monarca en otro tiempo esclarecido,  
tímido ya venado,  
con vigilante oído,  
del sosegado ambiente  
al menor perceptible movimiento  
que los átomos muda,  
la oreja alterna aguda  
y el leve rumor siente  
que aun le altera dormido.  
Y en la quietud del nido,  
que de brozas y lodo, instable hamaca,  
formó en la más opaca  
parte del árbol, duerme recogida  
la leve turba, descansando el viento  
del que le corta, alado movimiento.

De Júpiter el ave generosa  
—como al fin Reina—, por no darse entera  
al descanso, que vicio considera  
si de preciso pasa, cuidadosa  
de no incurrir de omisa en el exceso,  
a un solo pie librada fía el peso  
y en otro guarda el cálculo pequeño  
—despertador reloj del leve sueño—,  
porque, si necesario fue admitido,  
no pueda dilatarse continuado,  
antes interrumpido  
del regio sea pastoral cuidado.  
¡Oh de la Majestad pensión gravosa,  
que aun el menor descuido no perdona!  
Causa, quizá, que ha hecho misteriosa,  
circular, denotando, la corona,  
en círculo dorado,

que el afán es no menos continuado.

El sueño todo, en fin, lo poseía;  
todo, en fin, el silencio lo ocupaba:  
aun el ladrón dormía;  
aun el amante no se desvelaba.

El conticinio casi ya pasando  
iba, y la sombra dimidiaba, cuando  
de las diurnas tareas fatigados,  
—y no sólo oprimidos  
del afán ponderoso  
del corporal trabajo, mas cansados  
del deleite también, (que también cansa  
objeto continuado a los sentidos  
aun siendo deleitoso:  
que la Naturaleza siempre alterna  
ya una, ya otra balanza,  
distribuyendo varios ejercicios,  
ya al ocio, ya al trabajo destinados,  
en el fiel infiel con que gobierna  
la aparatosa máquina del mundo)—;  
así, pues, de profundo  
sueño dulce los miembros ocupados,  
quedaron los sentidos  
del que ejercicio tienen ordinario,  
—trabajo en fin, pero trabajo amado  
si hay amable trabajo—,  
si privados no, al menos suspendidos,  
y cediendo al retrato del contrario  
de la vida, que—lentamente armado—  
cobarde embiste y vence perezoso  
con armas soñolientas,  
desde el cayado humilde al cetro altivo,  
sin que haya distintivo  
que el sayal de la púrpura discierna:  
pues su nivel, en todo poderoso,  
gradúa por exentas  
a ningunas personas,



desde la de a quien tres forman coronas  
soberana tiara,  
hasta la que pajiza vive choza;  
desde la que el Danubio undoso dora,  
a la que junco humilde, humilde mora;  
y con siempre igual vara  
(como, en efecto, imagen poderosa  
de la muerte) Morfeo  
el sayal mide igual con el brocado.

El alma, pues, suspensa  
del exterior gobierno,—en que ocupada  
en material empleo,  
o bien o mal da el día por gastado—,  
solamente dispensa  
remota, si del todo separada  
no, a los de muerte temporal opresos  
lánguidos miembros, sosegados huesos,  
los gajes del calor vegetativo,  
el cuerpo siendo, en sosegada calma,  
un cadáver con alma,  
muerto a la vida y a la muerte vivo,  
de lo segundo dando tardas señas  
el del reloj humano  
vital volante que, si no con mano,  
con arterial concierto, unas pequeñas  
muestras, pulsando, manifiesta lento  
de su bien regulado movimiento.

Este, pues, miembro rey y centro vivo  
de espíritus vitales,  
con su asociado respirante fuelle  
—pulmón, que imán del viento es atractivo,  
que en movimientos nunca desiguales  
o comprimiendo ya, o ya dilatando  
el musculoso, claro arcaduz blando,  
hace que en el resuelle  
el que le circunscribe fresco ambiente  
que impele ya caliente,

y él venga su expulsión haciendo activo  
pequeños robos al calor nativo,  
algún tiempo llorados,  
nunca recuperados,  
si ahora no sentidos de su dueño,  
que, repetido, no hay robo pequeño—;  
éstos, pues, de mayor, como ya digo,  
excepción, uno y otro fiel testigo,  
la vida aseguraban,  
mientras con mudas voces impugnaban  
la información, callados, los sentidos  
—con no replicar sólo defendidos—,  
y la lengua que, torpe, enmudecía,  
con no poder hablar los desmentía.

Y aquella del calor más competente  
científica oficina,  
próvida de los miembros dispensera,  
que avara nunca y siempre diligente,  
ni a la parte prefiere más vecina  
ni olvida a la remota,  
y en ajustado natural cuadrante  
las cantidades nota  
que a cada cuál tocarle considera,  
del que alambicó quilo el incesante  
calor, en el manjar que—medianero  
piadoso—entre él y el húmedo interpuso  
su inocente substancia,  
pagando por entero  
la que, ya piedad sea, o ya arrogancia,  
al contrario voraz necio lo expuso,  
—merecido castigo, aunque se excuse,  
al que en pendencia ajena se introduce—;  
ésta, pues, si no fragua de Vulcano,  
templada hoguera del calor humano,  
al cerebro enviaba  
húmedos, más tan claros los vapores  
de los atemperados cuatro humores,  
que con ellos no sólo no empañaba

los simulacros que la estimativa  
dio a la imaginativa  
y aquésta, por custodia más segura,  
en forma ya más pura  
entregó a la memoria que, oficiosa,  
grabó tenaz y guarda cuidadosa,  
sino que daban a la fantasía  
lugar de que formase  
imágenes diversas. \* Y del modo  
que en tersa superficie, que de Faro  
cristalino portento, asilo raro  
fue, en distancia longísima se vían  
(sin que ésta le estorbase)  
del reino casi de Neptuno todo  
las que distantes le surcaban naves,  
—viéndose claramente  
en su azogada luna  
el número, el tamaño y la fortuna  
que en la instable campaña transparente  
arresgadas tenían,  
mientras aguas y vientos dividían  
sus velas leves y sus quillas graves—:  
así ella, sosegada, iba copiando  
las imágenes todas de las cosas,  
y el pincel invisible iba formando  
de mentales, sin luz, siempre vistosas  
colores, las figuras  
no sólo ya de todas las criaturas  
sublunares, más aun también de aquéllas  
que intelectuales claras son Estrellas,  
y en el modo posible  
que concebirse puede lo invisible,  
en sí, mañosa, las representaba  
y al Alma las mostraba.

La cual, en tanto, toda convertida  
a su inmaterial Ser y esencia bella,  
aquella contemplaba,  
participada de alto Ser, centella

que con similitud en sí gozaba;  
y juzgándose casi dividida  
de aquella que impedida  
siempre la tiene, corporal cadena,  
que grosera embaraza y torpe impide  
el vuelo intelectual con que ya mide  
la cantidad inmensa de la Esfera,  
ya el curso considera  
regular, con que giran desiguales  
los cuerpos celestiales,  
—culpa si grave, merecida pena  
(torcedor del sosiego, riguroso)  
de estudio vanamente judicioso—,  
puesta, a su parecer, en la eminente  
cumbre de un monte a quien el mismo Atlante  
que preside gigante  
a los demás, enano obedecía,  
y Olimpo, cuya sosegada frente  
nunca de aura agitada  
consintió ser violada,  
aun falda suya ser no merecía:  
pues las nubes:—que opaca son corona  
de la más elevada corpulencia,  
del volcán más soberbio que en la tierra  
gigante erguido intima al cielo guerra—,  
apenas densa zona  
de su altiva eminencia,  
o a su vasta cintura  
cíngulo tosco son, que—mal ceñido—  
o el viento lo desata sacudido,  
o vecino el calor del Sol lo apura.

A la región primera de su altura,  
(ínfima parte, digo, dividiendo  
en tres su continuado cuerpo horrendo),  
el rápido no pudo, el veloz vuelo  
del águila—que puntas hace al Cielo  
y al Sol bebe los rayos pretendiendo  
entre sus luces colocar su nido—

llegar; bien que esforzando  
más que nunca el impulso, ya batiendo  
las dos plumadas velas, ya peinando  
con las garras el aire, ha pretendido,  
tejiendo de los átomos escalas,  
que su inmunidad rompan sus dos alas.

Las Pirámides dos—ostentaciones  
de Menfis vano y de la Arquitectura  
último esmero, si ya no pendones  
fijos, no tremolantes—, cuya altura  
coronada de bárbaros trofeos  
tumba y bandera fue a los Ptolomeos,  
que al viento, que a las nubes publicaba  
(si ya también al Cielo no decía)  
de su grande, su siempre vencedora  
ciudad—ya Cairo ahora—  
las que, porque a su copia enmudía,  
la Fama no cantaba.  
Gitanas glorias, Ménficas proezas,  
aun en el viento, aun en el Cielo impresas:

éstas,—que en nivelada simetría  
su estatura crecía  
con tal disminución, con arte tanto,  
que (cuanto más al Cielo caminaba)  
a la vista, que lince la miraba,  
entre los vientos se desaparecía,  
sin permitir mirar la sutil punta  
que al primer orbe finge que se junta,  
hasta que fatigada del espanto,  
no descendida, sino despeñada  
se hallaba al pie de la espaciosa basa,  
tarde o mal recobrada  
del desvanecimiento  
que pena fue no escasa  
del visüal alado atrevimiento—,  
cuyos cuerpos opacos  
no al Sol opuestos, antes avenidos

con sus luces, si no confederados  
con él (como, en efecto, confinantes),  
tan del todo bañados  
de su resplandor eran, que —lucidos—  
nunca de calorosos caminantes  
al fatigado aliento, a los pies flacos,  
ofrecieron alfombra  
aun de pequeña, aun de señal de sombra

éstas, que glorias ya sean Gitanas,  
o elaciones profanas,  
bárbaros jeroglíficos de ciego  
error, según el Griego  
ciego también, dulcísimo Poeta,  
—si ya, por las que escribe  
Aquileyas proezas  
o marciales de Ulises sutilezas,  
la unión no le recibe  
de los Historiadores, o le acepta  
(cuando entre su catálogo le cuente)  
que gloria más que número le aumente—,  
de cuya dulce serie numerosa  
fuera más fácil cosa  
al temido Tonante  
el rayo fulminante  
quitar, o la pesada  
a Alcides clava herrada,  
que un hemistiquio sólo  
de los que le dictó propicio Apolo:

según de Homero, digo, la sentencia,  
las Pirámides fueron materiales  
tipos solos, señales exteriores  
de las que, dimensiones interiores,  
especies son del Alma intencionales:  
que como sube en piramidal punta  
al Cielo la ambiciosa llama ardiente,  
así la humana mente  
su figura trasunta,

y a la Causa Primera siempre aspira,  
—céntrico punto donde recta tira  
la línea, si ya no circunferencia,  
que contiene, infinita, toda esencia—.

éstos, pues, Montes dos artificiales  
(bien maravillas, bien milagros sean),  
y aun aquella blasfema altiva Torre  
de quien hoy dolorosas son señales  
—no en piedras, sino en lenguas desiguales,  
porque voraz el tiempo no las borre—  
los idiomas diversos que escasean  
el sociable trato de las gentes  
(haciendo que parezcan diferentes  
los que unos hizo la Naturaleza,  
de la lengua por sólo la extrañeza),  
si fueran comparados  
a la mental pirámide elevada  
donde, sin saber cómo, colocada  
el Alma se miró, tan atrasados  
se hallaran, que cualquiera  
gradüara su cima por Esfera:  
pues su ambicioso anhelo,  
haciendo cumbre de su propio vuelo,  
en la más eminente  
la encumbró parte de su propia mente,  
de sí tan remontada, que creía  
que a otra nueva región de sí salía.

En cuya casi elevación inmensa,  
gozosa mas suspensa,  
suspensa pero ufana,  
y atónita aunque ufana, la suprema  
de lo sublunar Reina soberana,  
la vista perspicaz, libre de anteojos,  
de sus intelectuales bellos ojos,  
(sin que distancia tema  
ni de obstáculo opaco se recele,  
de que interpuesto algún objeto cele),

libre tendió por todo lo criado:  
cuyo inmenso agregado,  
cúmulo incomprensible,  
aunque a la vista quiso manifiesto  
dar señas de posible,  
a la comprensión no, que—entorpecida  
con la sobra de objetos, y excedida  
de la grandeza de ellos su potencia—,  
retrocedió cobarde.

Tanto no, del osado presupuesto,  
revocó la intención, arrepentida,  
la vista que intentó descomedida  
en vano hacer alarde  
contra objeto que excede en excelencia  
las líneas visuales,  
—contra el Sol, digo, cuerpo luminoso,  
cuyos rayos castigo son fogoso,  
que fuerzas desiguales  
despreciando, castigan rayo a rayo  
el confiado, antes atrevido  
y ya llorado ensayo,  
(necia experiencia que costosa tant  
fue, que ícaro ya, su propio llanto  
lo anegó enternecido)—,  
como el entendimiento, aquí vencido  
no menos de la inmensa muchedumbre  
(de tanta maquinosa pesadumbre  
de diversas especies, conglobado  
esférico compuesto),  
que de las cualidades  
de cada cual, cedió; tan asombrado,  
que—entre la copia puesto,  
pobre con ella en las neutralidades  
de un mar de asombros, la elección confusa—,  
equivocó las ondas zozobraba;  
y por mirarlo todo, nada vía,  
ni discernir podía  
(bota la facultad intelectual)



en tanta, tan difusa  
incomprehensible especie que miraba  
desde el un eje en que librada estriba  
la máquina voluble de la Esfera,  
al contrapuesto polo)  
las partes, ya no solo,  
que al universo todo considera  
serle perfeccionantes,  
a su ornato, no mas, pertenecientes;  
Mas ni aun las que integrantes  
miembros son de su cuerpo dilatado,  
proporcionadamente competentes.

Mas como al que ha usurpado  
diuturna obscuridad, de los objetos  
visibles los colores,  
si súbitos le asaltan resplandores,  
con la sobra de luz queda más ciego  
—que el exceso contrarios hace efectos  
en la torpe potencia, que la lumbre  
del Sol admitir luego  
no puede por la falta de costumbre—,  
y a la tiniebla misma, que antes era  
tenebroso a la vista impedimento,  
de los agravios de la luz apela,  
y una vez y otra con la mano cela  
de los débiles ojos deslumbrados  
los rayos vacilantes,  
sirviendo ya—piadosa medianera—  
la sombra de instrumento  
para que recobrados  
por grados se habiliten,  
porque después constantes  
su operación más firmes ejerciten,  
—recurso natural, innata ciencia  
que confirmada ya de la experiencia,  
maestro quizá mudo,  
retórico ejemplar, inducir pudo  
a uno y otro Galeno

para que del mortífero veneno,  
en bien proporcionadas cantidades  
escrupulosamente regulando  
las ocultas nocivas cualidades,  
ya por sobrado exceso  
de cálidas o frías,  
o ya por ignoradas simpatías  
o antipatías con que van obrando  
las causas naturales su progreso,  
(a la admiración dando, suspendida,  
efecto cierto en causa no sabida,  
con prolijo desvelo y remirada  
empírica atención, examinada  
en la bruta experiencia,  
por menos peligrosa),  
la confección hicieran provechosa,  
último afán de la Apolínea ciencia,  
de admirable tríaca,  
¡que así del mal el bien tal vez se saca!—:  
no de otra suerte el Alma, que asombrada  
de la vista quedó de objeto tanto,  
la atención recogió, que derramada  
en diversidad tanta, aun no sabía  
recobrase a sí misma del espanto  
que portentoso había  
su discurso calmado,  
permitiéndole apenas  
de un concepto confuso  
el informe embrión que, mal formado,  
inordinado caos retrataba  
de confusas especies que abrazaba,  
—sin orden avenidas,  
sin orden separadas,  
que cuanto más se implican combinadas  
tanto más se disuelven desunidas,  
de diversidad llenas—,  
ciñendo con violencia lo difuso  
de objeto tanto, a tan pequeño vaso,

(aun al más bajo, aun al menor, escaso).

Las velas, en efecto, recogidas,  
que fió inadvertidas  
traidor al mar, al viento ventilante,  
—buscando, desatento,  
al mar fidelidad, constancia al viento—,  
mal le hizo de su grado  
en la mental orilla  
dar fondo, destrozado,  
al timón roto, a la quebrada entena,  
besando arena a arena  
de la playa el bajel, astilla a astilla,  
donde—ya recobrado—  
el lugar usurpó de la carena  
cuerda refleja, reportado aviso  
de dictamen remiso:  
que, en su operación misma reportado,  
más juzgó conveniente  
a singular asunto reducirse,  
o separadamente  
una por una discurrir las cosas  
que vienen a ceñirse  
en las que artificiosas  
dos veces cinco son Categorías:

reducción metafísica que enseña  
(los entes concibiendo generales  
en sólo unas mentales fantasías  
donde de la materia se desdeña  
el discurso abstraído)  
ciencia a formar de los universales,  
reparando, advertido,  
con el arte el defecto  
de no poder con un intuitivo  
conocer acto todo lo criado,  
sino que, haciendo escala, de un concepto  
en otro va ascendiendo grado a grado,  
y el de comprender orden relativo

sigue, necesitado  
del del entendimiento  
limitado vigor, que a sucesivo  
discurso fía su aprovechamiento:

cuyas débiles fuerzas, la doctrina  
con doctos alimentos va esforzando,  
y el prolijo, si blando,  
continuo curso de la disciplina,  
robustos le va alientos infundiendo,  
con que más animoso  
al palio glorioso  
del empeño más arduo, altivo aspira,  
los altos escalones ascendiendo,  
—en una ya, ya en otra cultivado  
facultad—, hasta que insensiblemente  
la honrosa cumbre mira  
término dulce de su afán pesado  
(de amarga siembra, fruto al gusto grato,  
que aun a largas fatigas fue barato),  
y con planta valiente  
la cima huella de su altiva frente.

De esta serie seguir mi entendimiento  
el método quería,  
o del ínfimo grado  
del ser inanimado  
(menos favorecido,  
si no más desvalido,  
de la segunda causa productiva),  
pasar a la más noble jerarquía  
que, en vegetable aliento,  
primogénito es, aunque grosero,  
de Thetis,—el primero  
que a sus fértiles pechos maternas,  
con virtud atractiva,  
los dulces apoyó manantiales  
de humor terrestre, que a su nutrimento  
natural es dulcísimo alimento—,

y de cuatro adornada operaciones  
de contrarias acciones,  
ya atrae, ya segrega diligente  
lo que no serle juzga conveniente,  
ya lo superfluo expelle, y de la copia  
la substancia más útil hace propia;

y—esta ya investigada—,  
forma inculcar más bella  
(de sentido adornada,  
y aun más que de sentido, de aprehensiva  
fuerza imaginativa),  
que justa puede ocasionar querella  
—cuando afrenta no sea—  
de la que más lucida centellea  
inanimada Estrella,  
bien que soberbios brille resplandores,  
—que hasta a los Astros puede superiores,  
aun la menor criatura, aun la más baja,  
ocasionar envidia, hacer ventaja—;

y de este corporal conocimiento  
haciendo, bien que escaso, fundamento,  
al supremo pasar maravilloso  
compuesto triplicado,  
de tres acordes líneas ordenado  
y de las formas todas inferiores  
compendio misterioso:  
bisagra engarzadora  
de la que más se eleva entronizada  
Naturaleza pura  
y de la que, criatura  
menos noble, se ve más abatida:  
no de las cinco solas adornada  
sensibles facultades,  
mas de las interiores  
que tres rectrices son, ennoblecida,  
—que para ser señora  
de las demás, no en vano

la adornó Sabia Poderosa Mano—:  
fin de Sus obras, círculo que cierra  
la Esfera con la tierra,  
última perfección de lo criado  
y último de su Eterno Autor agrado,  
en quien con satisfecha complacencia  
Su inmensa descansó magnificencia:

fábrica portentosa  
que, cuanto más altiva al Cielo toca,  
sella el polvo la boca,  
—de quien ser pudo imagen misteriosa  
la que águila Evangélica, sagrada  
visión en Patmos vio, que las Estrellas  
midió y el suelo con iguales huellas,  
o la estatua eminente  
que del metal mostraba máspreciado  
la rica altiva frente,  
y en el más desechado  
material, flaco fundamento hacía,  
con que a leve vaivén se deshacía—:  
el Hombre, digo, en fin, mayor portento  
que discurre el humano entendimiento;  
compendio que absoluto  
parece al ángel, a la planta, al bruto;  
cuya altiva bajeza  
toda participó Naturaleza.  
¿Por qué? Quizá porque más venturosa  
que todas, encumbrada  
a merced de amorosa  
Unión sería. ¡Oh, aunque repetida,  
nunca bastantemente bien sabida  
merced, pues ignorada  
en lo poco apreciada  
parece, o en lo mal correspondida!

Estos, pues, grados discurrir quería  
unas veces; pero otras, disentía,  
excesivo juzgando atrevimiento

el discurrirlo todo,  
quien aun la más pequeña,  
aun la más fácil parte no entendía  
de los más manüales  
efectos naturales;  
quien de la fuente no alcanzó risueña  
el ignorado modo  
con que el curso dirige cristalino  
deteniendo en ambages su camino,  
—los horrorosos senos  
de Plutón, las cavernas pavorosas  
del abismo tremendo,  
las campañas hermosas,  
los Eliseos amenos,  
tálamo ya de su triforme esposa,  
clara pesquisidora registrando,  
(útil curiosidad, aunque prolija,  
que de su no cobrada bella hija  
noticia cierta dio a la rubia Diosa,  
cuando montes y selvas trastornando,  
cuando prados y bosques inquiriendo,  
su vida iba buscando  
y del dolor su vida iba perdiendo)—;

quien de la breve flor aun no sabía  
por qué ebúrnea figura  
circunscribe su frágil hermosura:  
mixtos, por qué, colores  
—confundiendo la grana en los albores—  
fragante le son gala:  
ambares por qué exhala,  
y el leve, si más bello  
ropaje al viento explica,  
que en una y otra fresca multiplica  
hija, formando pompa escarolada  
de dorados perfiles cairelada,  
que —roto del capillo el blanco sello—  
de dulce herida de la Cipria Diosa  
los despojos ostenta jactanciosa,

si ya el que la colora,  
candor al alba, púrpura al aurora  
no le usurpó y, mezclado,  
purpúreo es ampo, rosicler nevado:  
tornasol que concita  
los que del prado aplausos solicita,  
preceptor quizá vano  
—si no ejemplo profano—  
de industria femenil que el más activo  
veneno, hace dos veces ser nocivo  
en el velo aparente  
de la que finge tez resplandeciente.

Pues si a un objeto solo, —repetía  
tímido el Pensamiento—,  
huye el conocimiento  
y cobarde el discurso se desvía;  
si a especie segregada  
—como de las demás independiente,  
como sin relación considerada—  
da las espaldas el entendimiento,  
y asombrado el discurso se espeluzna  
del difícil certamen que rehúsa  
acometer valiente,  
porque teme cobarde  
comprenderlo o mal, o nunca, o tarde,  
¿cómo en tan espantosa  
máquina inmensa discurrir pudiera,  
cuyo terrible insoportable peso  
—si ya en su centro mismo no estribara—  
de Atlante a las espaldas agobiara,  
de Alcides a las fuerzas excediera;  
y el que fue de la Esfera  
bastante contrapeso,  
pesada menos, menos ponderosa  
su máquina juzgara, que la empresa  
de investigar a la Naturaleza?

Otras —más esforzado—



demasiada acusaba cobardía  
el lauro antes ceder, que en la lid dura  
haber siquiera entrado,  
y al ejemplar osado  
del claro joven la atención volvía,  
—auriga altivo del ardiente carro—,  
y el, si infeliz, bizarro  
alto impulso, el espíritu encendía:  
donde el ánimo halla  
—más que el temor ejemplos de escarmiento—  
abiertas sendas al atrevimiento,  
que una ya vez trilladas, no hay castigo  
que intento baste a remover segundo,  
(segunda ambición, digo).

Ni el panteón profundo  
—cerúlea tumba a su infeliz ceniza—,  
ni el vengativo rayo fulminante  
mueve, por más que avisa,  
al ánimo arrogante  
que, el vivir despreciando, determina  
su nombre eternizar en su ruina.  
Tipo es, antes, modelo:  
ejemplar pernicioso  
que alas engendra a repetido vuelo,  
del ánimo ambicioso  
que —del mismo terror haciendo halago  
que al valor lisonjea—,  
las glorias deletrea  
entre los caracteres del estrago.  
O el castigo jamás se publicara,  
porque nunca el delito se intentara:  
político silencio antes rompiera  
los autos del proceso,  
—circunspecto estadista—;  
o en fingida ignorancia simulara,  
o con secreta pena castigara  
el insolente exceso,  
sin que a popular vista

el ejemplar nocivo propusiera:  
que del mayor delito la malicia  
peligra en la noticia,  
contagio dilatado trascendiendo;  
porque singular culpa sólo siendo,  
dejara más remota a lo ignorado  
su ejecución, que no a lo escarmentado.

Mas mientras entre escollos zozobraba  
confusa la elección, sirtes tocando  
de imposibles, en cuantos intentaba  
rumbos seguir, —no hallando  
materia en que cebarse  
el calor ya, pues su templada llama  
(llama al fin, aunque más templada sea,  
que si su activa emplea  
operación, consume, si no inflama)  
sin poder excusarse  
había lentamente  
el manjar trasformado,  
propia substancia de la ajena haciendo:  
y el que hervor resultaba bullicioso  
de la unión entre el húmedo y ardiente,  
en el maravilloso  
natural vaso, había ya cesado  
(faltando el medio), y consiguientemente  
los que de él ascendiendo  
soporíferos, húmedos vapores  
el trono racional embarazaban  
(desde donde a los miembros derramaban  
dulce entorpecimiento),  
a los suaves ardores  
del calor consumidos,  
las cadenas del sueño desataban:  
y la falta sintiendo de alimento  
los miembros extenuados,  
del descanso cansados,  
ni del todo despiertos ni dormidos,  
muestras de apetecer el movimiento

con tardos esperezos  
ya daban, extendiendo  
los nervios, poco a poco, entumecidos,  
y los cansados huesos  
(aun sin entero arbitrio de su dueño)  
volviendo al otro lado—,  
a cobrar empezaron los sentidos,  
dulcemente impedidos  
del natural beleño,  
su operación, los ojos entreabriendo.

Y del cerebro, ya desocupado,  
las fantasmas huyeron  
y —como de vapor leve formadas—  
en fácil humo, en viento convertidas,  
su forma resolvieron.  
Así linterna mágica, pintadas  
representa fingidas  
en la blanca pared varias figuras,  
de la sombra no menos ayudadas  
que de la luz: que en trémulos reflejos  
los competentes lejos  
guardando de la docta perspectiva,  
en sus ciertas mensuras  
de varias experiencias aprobadas,  
la sombra fugitiva,  
que en el mismo esplendor se desvanece,  
cuerpo finge formado,  
de todas dimensiones adornado,  
cuando aun ser superficie no merece.

En tanto el Padre de la Luz ardiente,  
de acercarse al Oriente  
ya el término prefijo conocía,  
y al antípoda opuesto despedía  
con transmigrantes rayos:  
que —de su luz en trémulos desmayos—  
en el punto hace mismo su Occidente,  
que nuestro Oriente ilustra luminoso.

Pero de Venus, antes, el hermoso  
apacible lucero  
rompió el albor primero,  
y del viejo Tithón la bella esposa  
—amazona de luces mil vestida,  
contra la noche armada,  
hermosa si atrevida,  
valiente aunque llorosa—,  
su frente mostró hermosa  
de matutinas luces coronada,  
aunque tierno preludio, ya animoso,  
del Planeta fogoso,  
que venía las tropas reclutando  
de bisoñas vislumbres,  
—las más robustas, veteranas lumbres  
para la retaguardia reservando—,  
contra la que, tirana usurpadora  
del imperio del día,  
negro laurel de sombras mil ceñía  
y con nocturno cetro pavoroso  
las sombras gobernaba,  
de quien aun ella misma se espantaba.

Pero apenas la bella precursora  
signifera del Sol, el luminoso  
en el Oriente tremoló estandarte,  
tocando al arma todos los suaves  
si bélicos clarines de las aves,  
(diestros, aunque sin arte,  
trompetas sonoros),  
cuando, —como tirana al fin, cobarde,  
de recelos medrosos  
embarazada, bien que hacer alarde  
intentó de sus fuerzas, oponiendo  
de su funesta capa los reparos,  
breves en ella de los tajos claros  
heridas recibiendo,  
(bien que mal satisfecho su denuedo,  
pretexto mal formado fue del miedo,

su débil resistencia conociendo)—,  
a la fuga ya casi cometiéndolo  
más que a la fuerza, el medio de salvarse,  
ronca tocó bocina  
a recoger los negros escuadrones  
para poder en orden retirarse,  
cuando de más vecina  
plenitud de reflejos fue asaltada,  
que la punta rayó más encumbrada  
de los del Mundo erguidos torreones.

Llegó, en efecto, el Sol cerrando el giro  
que esculpió de oro sobre azul zafiro:  
de mil multiplicados  
mil veces puntos, flujos mil dorados  
—líneas, digo, de luz clara—, salían  
de su circunferencia luminosa,  
pautando al Cielo la cerúlea plana;  
y a la que antes funesta fue tirana  
de su imperio, atropadas embestían:  
que sin concierto huyendo presurosa  
—en sus mismos horrores tropezando—  
su sombra iba pisando,  
y llegar al Ocaso pretendía  
con el (sin orden ya) desbaratado  
ejército de sombras, acosado  
de la luz que el alcance le seguía.

Consiguió, al fin, la vista del Ocaso  
el fugitivo paso,  
y —en su mismo despeño recobrada  
esforzando el aliento en la rüina—,  
en la mitad del globo que ha dejado  
el Sol desamparada,  
segunda vez rebelde determina  
mirarse coronada,  
mientras nuestro Hemisferio la dorada  
ilustraba del Sol madeja hermosa,  
que con luz judiciousa

de orden distributivo, repartiendo  
a las cosas visibles sus colores  
iba, y restituyendo  
entera a los sentidos exteriores  
su operación, quedando a luz más cierta  
el mundo iluminado y yo despierta.

## Pues estoy condenada

Pues estoy condenada,  
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,  
y la sentencia airada  
ni la apelo, resisto ni la huyo,  
óyeme, que no hay reo tan culpado  
a quien el confesar le sea negado.

Porque te han informado,  
dices, de que mi pecho te ha ofendido,  
me has, fiero, condenado.  
¿Y pueden, en tu pecho endurecido  
más la noticia incierta, que no es ciencia,  
que de tantas verdades la experiencia?

Si a otros crédito has dado,  
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,  
y el sentido trocado  
de la ley, al cordel mi cuello entregas,  
pues liberal me amplías los rigores  
y avaro me restringes los favores?

Si a otros ojos he visto,  
mátenme, Fabio, tus airados ojos;  
si a otro cariño asisto,  
asístanme implacables tus enojos;  
y si otro amor del tuyo me divierte,  
tú, que has sido mi vida, me des muerte.

Si a otro, alegre, he mirado,  
nunca alegre me mires ni te vea;  
si le hablé con agrado,  
eterno desagrado en ti posea;  
y si otro amor inquieta mi sentido,  
sáqueseme el alma tú, que mi alma has sido.

Mas, supuesto que muero,  
sin resistir a mi infeliz suerte,  
que me des sólo quiero

licencia de que escoja yo mi muerte;  
deja la muerte a mi elección medida,  
pues en la tuya pongo yo la vida.



## Redondillas

Hombres necios que acusáis  
a la mujer, sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,  
hallar a la que buscáis  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana,

pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis  
que, con desigual nivel,  
a una culpáis por cruel  
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues como ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende?,  
¿si la que es ingrata ofende,  
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y la pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,  
aunque cualquiera mal haga;  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

¿Pues, para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,

y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

## Sentimientos de ausente

Amado dueño mío,  
Escucha un rato mis cansadas quejas,  
Pues del viento las fío,  
Que breve las conduzca a tus orejas,  
Si no se desvanece el triste acento  
Como mis esperanzas en el viento.

Óyeme con los ojos,  
Ya que están tan distantes los oídos,  
Y de ausentes enojos  
En ecos de mi pluma mis gemidos;  
Y ya que a ti no llega mi voz ruda,  
Óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,  
Goza de sus frescuras venturosas  
Sin que aquestas cansadas  
Lágrimas te detengan enfadosas;  
Que en él verás, si atento te entretienes  
Ejemplo de mis males y mis bienes.

Si al arroyo parlero  
Ves, galán de las flores en el prado,  
Que amante y lisonjero  
A cuantas mira intima su cuidado,  
En su corriente mi dolor te avisa  
Que a costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora  
Su esperanza marchita, en ramo verde,  
Tórtola gemidora,  
En él y en ella mi dolor te acuerde,  
Que imitan con verdor y con lamento,  
Él mi esperanza y ella mi tormento.

Si la flor delicada,  
Si la peña, que altiva no consiente  
Del tiempo ser hollada,  
Ambas me imitan, aunque variamente,  
Ya con fragilidad, ya con dureza,  
Mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido  
Que baja por el monte, acelerado  
Buscando dolorido  
Alivio del mal en un arroyo helado,  
Y sediento al cristal se precipita,  
No en el alivio en el dolor me imita,

Si la liebre encogida  
Huye medrosa de los galgos fieros,  
Y por salvar la vida  
No deja estampa de los pies ligeros,  
Tal mi esperanza en dudas y recelos  
Se ve acosa de villanos celos.

Si ves el cielo claro,  
Tal es la sencillez del alma mía;  
Y si, de luz avaro,  
De tinieblas emboza el claro día,  
es con su oscuridad y su inclemencia,  
imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado  
Saber puede mis males sin costarte  
La noticia cuidado,  
Pues puedes de los campos informarte;  
Y pues yo a todo mi dolor ajusto,  
Saber mi pena sin dejar tu gusto.  
Mas ¿cuándo ¡ay gloria mía!  
Mereceré gozar tu luz serena?

¿cuándo llegará el día  
que pongas dulce fin a tanta pena?

¿cuándo veré tus ojos, dulce encanto,  
y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora  
herirá mis oídos delicada,  
y el alma que te adora,  
de inundación de gozos anegada,  
a recibirte con amante prisa  
saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa  
revestirá de gloria mis sentidos?  
¿y cuándo yo dichosa,  
mis suspiros daré por bien perdidos,  
teniendo en poco el precio de mi llanto?  
Que tanto ha de penar quien goza tanto.

¿Cuándo de tu apacible  
rostro alegre veré el semblante afable,  
y aquel bien indecible  
a toda humana pluma inexplicable?  
Que mal se ceñirá a lo definido  
Lo que no cabe en todo lo sentido.

Ven, pues, mi prenda amada,  
Que ya fallece mi cansada vida  
De esta ausencia pesada;  
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,  
Aunque me cueste su verdor enojos,  
Regaré mi esperanza con mis ojos.

## Teme que su afecto

Teme que su afecto parezca Gracitud y no fuerza

Señora, si la belleza  
Que en vos llevo a contemplar  
Es bastante a conquistar  
La más inculta dureza,

¿Por qué hacéis que el sacrificio  
Que debo a vuestra luz pura  
Debiéndose a la hermosura  
Se atribuya al beneficio?

Cuando es bien que glorias cante,  
De ser vos, quien me ha rendido,  
¿Queréis que lo agradecido  
Se equivoque con lo amante?

Vuestro favor me condena  
A otra especie de desdicha,  
Pues me quitáis con la dicha  
El mérito de la pena.

Si no es que dais a entender  
Que favor tan singular,  
Aunque se puede lograr,  
No se puede merecer.

Con razón, pues la hermosura  
Aun llegada a poseerse,  
Si llega a merecerse,  
Dejara de ser ventura.

Que estar un digno cuidado  
Con razón correspondido,  
Es premio de lo servido,

Y no dicha de lo amado.

Que dicha se ha de llamar  
Sólo la que, a mi entender,  
Ni se puede merecer,  
Ni se pretende alcanzar.

Ya que este favor excede  
Tanto a todos, al lograrse,  
Que no sólo no pagarse,  
Mas ni agradecer se puede.

Pues desde el dichoso día  
Que vuestra belleza vi,  
Tal del todo me rendí,  
Que no me quedó acción mía.

Con lo cual, señora, nuestro,  
y a decir mi amor se atreve,  
Que nadie pagaros debe,  
Que vos honréis lo que es vuestro.

Bien se que es atrevimiento  
Pero el amor es testigo  
Que no se lo que me digo  
Por saber lo que me siento.

Y en fin, perdonad por Dios,  
Señora, que os hable así,  
Que si yo estuviera en mí  
No estuvierais en mí vos.

Sólo quiero suplicaros  
Que de mí recibáis hoy,  
No sólo el alma que os doy,  
Mas la que quisiera daros.



## Ya que para despedirme

Ya que para despedirme,  
dulce idolatrado dueño,  
ni me da licencia el llanto  
ni me da lugar el tiempo,

háblente los tristes rasgos,  
entre lastimosos ecos,  
de mi triste pluma, nunca  
con más justa causa negros.

Y aun ésta te hablará torpe  
con las lágrimas que vierto,  
porque va borrando el agua  
lo que va dictando el fuego.

Hablar me impiden mis ojos;  
y es que se anticipan ellos,  
viendo lo que he de decirte,  
a decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda  
que hay en mi dolor, sirviendo  
los suspiros, de palabras,  
las lágrimas, de conceptos.

Mira la fiera borrasca  
que pasa en el mar del pecho,  
donde zozobran, turbados,  
mis confusos pensamientos.

Mira cómo ya el vivir  
me sirve de afán grosero;  
que se avergüenza la vida  
de durarme tanto tiempo.

Mira la muerte, que esquiva

huye porque la deseo;  
que aun la muerte, si es buscada,  
se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,  
rendido a tanto tormento,  
siendo en lo demás cadáver,  
sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma  
aun teme, en su ser exento,  
que quiera el dolor violar  
la inmunidad de lo eterno.

En lágrimas y suspiros  
alma y corazón a un tiempo,  
aquél se convierte en agua,  
y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve de vida  
esta vida que poseo,  
sino de condición sola  
necesaria al sentimiento.

Mas, por qué gasto razones  
en contar mi pena y dejo  
de decir lo que es preciso,  
por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas, ay de mi!  
Dudosamente lo pienso:  
pues si es verdad, no estoy viva,  
y si viva, no lo creo.

Posible es que ha de haber día  
tan infausto, funesto,  
en que sin ver yo las tuyas  
esparza sus luces Febo?

Posible es que ha de llegar

el rigor a tan severo,  
que no ha de darle tu vista  
a mis pesares aliento?

Ay, mi bien, ay prenda mía,  
dulce fin de mis deseos!  
Por qué me llevas el alma,  
dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción  
que no cabe en un sujeto,  
tanta muerte en una vida,  
tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso, ay triste!,  
en mi infeliz suceso,  
ni vivir con la esperanza,  
ni morir con el tormento,

dame algún consuelo tú  
en el dolor que padezco;  
y quien en el suyo muere,  
viva siquiera en tu pecho.

No te olvides que te adoro,  
y sírvante de recuerdo  
las finezas que me debes,  
si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor,  
haciendo gala de riesgo,  
sólo por atropellarlo  
se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,  
el tuyo mismo te acuerdo,  
que no es poco empeño haber  
empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,

de tus nobles juramentos;  
y lo que juró la boca  
no lo desmientan tus hechos.

Y perdona si en temer  
mi agravio, mi bien, te ofendo,  
que no es dolor, el dolor  
que se contiene atento.

Y adiós; que con el ahogo  
que me embarga los alientos,  
ni sé ya lo que te digo  
ni lo que te escribo leo.